

entre lo real y lo imaginario; los prodigios y milagros interfieren en la diferenciación entre el mundo físico y el sobrenatural al incluir la posibilidad de ruptura en las leyes de la naturaleza ya sea por intervención demoníaca o divina en el constante devenir entre lo permitido y la infracción de la norma.

No es fácil hoy en día encontrar libros como *Profetisas y solitarios* que conjunten el bien decir y mejor pensar, además de explicar llana y eficientemente la difícil tarea de contribuir a seguir armando el intrincado y variopinto mosaico que significa el mundo de los llamados estudios coloniales, en la complicada y compleja comunicación de la marginalidad.

MARÍA ÁGUEDA MÉNDEZ
El Colegio de México

Franqueando fronteras. Garcilaso de la Vega y La Florida del Inca. Ed., introd. y cronología de Raquel Chang-Rodríguez. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2006; 301 pp.

En noviembre de 2003, el City College de la City University of New York auspició, para celebrar los cuatro siglos de la publicación en Lisboa de *La Florida del Inca*, un simposio interdisciplinario sobre la crónica del Inca Garcilaso. A ese evento se remontan los trabajos recogidos por Raquel Chang-Rodríguez en este excelente y cuidado libro.

Franqueando fronteras es una obra interdisciplinaria, fruto de colaboración de investigadores provenientes de los ámbitos de la arqueología, la antropología, la historia, la cartografía y la literatura coloniales. Va precedida de una introducción y una cronología de Raquel Chang-Rodríguez, y la acompañan 55 magníficas ilustraciones. Cierran el volumen una "Bibliografía de fuentes citadas y consultadas", una noticia "Sobre los colaboradores" y un "Índice de nombres, lugares y obras". El libro se compone de tres partes: "La frontera litorridana", "Textualidad e ideología" y "*La Florida del Inca*: publicación y ediciones".

Desde las primeras líneas de su "Introducción", Raquel Chang-Rodríguez señala que la peculiaridad de la crónica del Inca Garcilaso radica en poner en escena los hechos a partir de una visión "mestiza y americana" que iguala a europeos e indígenas. En el origen de la visión garcilasiana está la doble raíz cultural representada en sus dos lenguas: "creció conversando en español con su padre y sus compañeros, y en quechua con su madre y sus parientes", tal como dice Chang-Rodríguez, que añade: "El quechua, sin embargo, fue la lengua que el futuro cronista «mamó» en la leche" (p. 16).

El nombre adoptado a partir de 1564: "Garcilaso de la Vega", señala ya la voluntad de un vínculo con antepasados ilustres —el poeta toledano del mismo nombre: Garcilaso de la Vega, "o con su propio padre", el capitán español Sebastián Garcilaso de la Vega. El eje entre Cuzco y Córdoba marcaría una doble identidad que lo lleva a llamarse "Inca" en su traducción del filósofo judío León Hebreo, a titular *La Florida del Inca* y a firmar como "el Inca Garcilaso de la Vega" su crónica de la expedición de Hernando de Soto (p. 27). Chang-Rodríguez subraya, en fin, el "carácter caballeresco" de la crónica, al que alude el título de su obra al referirse a "otros heroicos caballeros españoles e indios" (*id.*).

Si la "Introducción" nos ofrece un acercamiento al mundo interno de Garcilaso, "La frontera floridana" proyecta, en un espacio físico, la expedición organizada por De Soto. En un trabajo sumamente interesante ("Un nuevo mundo: indígenas y europeos en La Florida del siglo XVI", pp. 59-86), el arqueólogo Jerald T. Milanich describe la "cultura del Misisipi", distribuida en sociedades agrícolas y poblaciones que vivían de la caza y la pesca, entre los valles del bajo río Misisipi y los que fluían al sur y al este de los Apalaches. Ese territorio va a ser el escenario de las distintas expediciones lanzadas a la conquista de la Florida —como la de Pánfilo de Narváez—, frecuentemente bajo el impulso de la leyenda o mito de Chicora, Cíbola o El Dorado (p. 68). Pero su atención principal se dirige a la ruta de De Soto y a su bien apertrechada expedición de más de 700 hombres, con armas, herramientas, materiales y perros de guerra, desde su desembarco en Bahía Honda, en mayo de 1539, hasta la muerte de Hernando de Soto, en mayo de 1542, y el regreso a las aguas del Golfo de los 311 sobrevivientes.

Milanich describe, en fin, las fallidas expediciones francesas encabezadas por Jean Ribault y René de Laudonnière, entre 1562 y 1564. La Florida iba a ser, poco después, un mundo desaparecido: las invasiones habían desarticulado las culturas de la cuenca del Misisipi; las epidemias provocaron grandes mortandades; el comercio con los colonos de Virginia vació, poco a poco, los pueblos (p. 86). En otro estudio ("Réquiem por los conquistadores de menor fama: honor y olvido en una periferia marítima", pp. 87-97), marginal en relación a *La Florida del Inca*, Amy Turner Bushnell se refiere a los conquistadores "olvidados" de la zona de La Florida, así como al vínculo diabólico que une a indios y corsarios: "tenían un común origen en el demonio" (p. 191).

En otro trabajo apasionante, la etnohistoriadora Patricia Galloway traza una suerte de cartografía transhistórica de la ruta de Hernando de Soto ("Proyectando distancias poéticas en personas y lugares reales", pp. 99-120). Fueron los cartógrafos franceses del siglo XVII los que se empeñaron en trazar el mapa del interior profundo (p. 100). Inhabilitados como estaban para hacer mediciones en el terreno, y

obligados a depender del testimonio de observadores muy heterogéneos –“marineros para las costas, y exploradores, comerciantes y aliados nativos para el interior”–, se dieron a la tarea de idear métodos que, paradójicamente, no dejaban translucir lo precario de la información que articulaban (p. 101). El concepto de *immutable mobile*, de Bruno Latour, y su aplicación a los impresos –mapas o relaciones– que describen la ruta de De Soto, hacen posible establecer que *La Florida del Inca*, junto a la famosa “crónica del hidalgo de Helvas”, por medio de sus versiones francesas, constituyeron el *immutable mobile* de la cartografía profunda de América del Norte (p. 102).

Más de dos siglos después, en 1939, los informes del Inca Garcilaso influyeron de manera directa en el trazo del itinerario que realizó la *U.S. De Soto Expedition Commission*, a cargo del etnólogo John Swanton (p. 116). Pero su influencia no terminó ahí. La palabra de los ancianos nativos, cuya memoria se remontaba al menos hasta el siglo XVIII, y que Swanton había recogido cuidadosamente, comenzó a ser usada por los pueblos para sus reclamos territoriales (p. 118). Y esta palabra se confundía con la elocuente apología realizada por Garcilaso. Así, los *yuchi* reclamaron sus territorios basándose en la autoridad del Inca –y el *immutable mobile* se recicla, reconstruyendo “identidades vivas y actualizadas” (p. 120).

El historiador Eugene Lyon, experto en el descubrimiento de galeones sumergidos, colabora, en fin, con una breve pero sustanciosa aportación al libro (“El resumen de la *Relación* de fray Sebastián de Cañete y otros relatos de la expedición de Hernando de Soto”, pp. 121-127). Se trata de una síntesis de la *Relación* escrita por el fraile Sebastián de Cañete y un “capitán” anónimo.

La segunda parte del libro, “Textos e ideología”, propone una serie de lecturas más literarias del cronista andino. Así, José Antonio Mazzotti, autor de los *Coros mestizos del Inca Garcilaso*, propone una interpretación cabalística y mitológica de su escritura, a partir de la traducción que hizo el Inca de los *Diálogos de amor*, de León Hebreo (en “Otros motivos para la *Traduzion*: el Inca Garcilaso, los *Diálogos de amor* y la tradición cabalística”, pp. 131-148). Existen, en efecto, ciertas analogías entre los elementos cabalísticos de esa obra y algunos rasgos del “pensamiento mítico andino” (p. 132). Garcilaso encontró en los *Diálogos*, dice Mazzotti, “no solamente un modelo de armonización universal de distintas culturas... sino también una semejanza con antiguos relatos andinos... que le resultarían familiares” (p. 133). La inclusión de la obra en los *Index* de 1612, 1620, 1632, confirma que la condena inquisitorial se originaba en ciertos rasgos de “cabalismo y teosofía” que otros traductores suprimieron y Garcilaso conservó (p. 136).

¿Cuáles son los rasgos cabalísticos que Mazzotti descubre en la *Traduzion*, y que presentan analogías con la mitografía andina? Los más notables son, probablemente, “la teoría sobre el origen del mun-

do y sus sucesivas destrucciones y recreaciones” (p. 139) y “la presencia del Sol en Hebreo” (p. 142): ese “Sol” que ocupa un sitio privilegiado en el panteón incaico. El énfasis de León Hebreo en el valor de las fábulas y alegorías nos remite, en todo caso, a los relatos y mitos de tradición oral que Garcilaso pudo oír, en su infancia, dentro de su *panaka* o clan familiar (p. 144). No sabemos si Garcilaso conocía esos relatos míticos u otras tradiciones orales andinas (p. 146). Sin embargo, su traducción del tratado neoplatónico pudo haber influido, a su vez, en ellos. Así lo sugiere un pasaje del “Prólogo a los indios, mestizos y criollos... del Perú”, donde se habla de un libro “que anda traducido en todas lenguas, hasta en lenguaxe peruano (para que se vea a do llega la curiosidad y estudiosidad de los nuestros)” (p. 147).

Otro excelente trabajo es el de Rolena Adorno (“De Guancane a Macondo: *La Florida del Inca* y los albores de la literatura latinoamericana”, pp. 149-179), autora de una importante obra sobre Guaman Poma de Ayala y, con Patrick Charles Pautz, de un amplio y documentado estudio sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca. Para Adorno, la autoridad de Garcilaso se desprende menos de la verdad histórica que de la autoridad de las letras (p. 152). Y la autoridad más importante en que se ampara el Inca es la del autor de los *Naufragios*, Álvar Núñez.

Rolena Adorno hace notar que, a pesar de que el propio Garcilaso afirma haber leído esa crónica y del papel esencial que tiene como fuente de *La Florida*, casi todos sus intérpretes modernos han tendido a ignorarla (p. 153). La presencia de los *Naufragios* en *La Florida del Inca* no es incidental: el espacio geográfico mismo ha sufrido una alteración para hacer coincidir las experiencias de ambos expedicionarios. Hay, dice Adorno, una “falta de correspondencia” entre ciertos puntos geográficos, una “deliberada «indiferencia» geográfica” amparada en la “ignorancia” europea con respecto al espacio floridano (p. 158).

¿En qué radica la autoridad de los *Naufragios* desde el punto de vista del Inca? La respuesta es simple: en su apología de los indios y de la conquista pacífica (p. 159). Garcilaso replanteó y repitió, dice Adorno, las afirmaciones de Álvar Núñez sobre “la inexistencia de idolatría y de sacrificios humanos” entre los indios, y rechazó, como él, las acusaciones que se les levantaban de practicar la sodomía y el canibalismo (p. 160). Al igual que Álvar Núñez, el Inca elogió la resistencia y la lealtad de los indios, aunque se expresara en la lucha contra los españoles (p. 162). En ocasiones, la crónica del Inca parece reescribir la de Álvar Núñez: “Los tres indios mostraron a los españoles el sitio donde los enemigos mataron diez cristianos de los de Narváez, como en su historia también lo cuenta Álvar Núñez Cabeza de Vaca. Trajéronlos *paso por paso* por todos los que Pánfilo de Narváez anduvo; señalaban los puestos donde tal y tal suceso había pasado. Finalmente, no dejaron cosa de las notables que Pánfilo de Narváez hizo en aque-

lia bahía de que no diesen cuenta por señas y palabras bien y mal entendidas y algunas de ellas dichas en castellano, que los indios de toda aquella costa se precian mucho de saber la lengua castellana y con toda diligencia procuran aprender siquiera palabras sueltas, las cuales repiten muchas veces” (p. 163).

La atención de Rolena Adorno se concentra en una escena de “epifanía espiritual” de *La Florida del Inca*: la “solemne procesión de indios y españoles para adorar a la cruz” (*id.*) que se inspira en escenas anteriores, no sólo de los *Naufragios*, sino también del *Diario* de Colón y las *Cartas de relación* cortesianas. La gran cruz levantada en esa “escena extraordinaria” (p. 167) se transforma en foco del ritual y del discurso, con su construcción artesanal, altísima, proporcionada y perfecta.

Guancane—una población sólo nombrada por Garcilaso y que, según el Inca, fue alcanzada por la influencia mesiánica de Álvar Núñez, aunque éste nunca estuvo allí— se revela como un espacio “literalmente utópico” (p. 169): una “utopía indiana” que transforma la experiencia en mito (p. 170) y anticipa las “ciudades o comunidades ficticias” de la novela latinoamericana (p. 175).

Finalmente, Raquel Chang-Rodríguez propone una serie de reflexiones a propósito de varios de los pasajes cubanos de *La Florida* (“Cruzando culturas y traspasando territorios en *La Florida del Inca*”, pp. 181-198). La leyenda de Isabel de Bobadilla, la esposa del adelantado De Soto, que gobernó la isla en los años de la expedición floridana, es una de ellas. Oteando el horizonte a la espera del esposo muerto, Isabel estaría retratada en la veleta que domina el mar en lo alto de un fuerte de La Habana: “La Giraldilla” (p. 197). Otra historia da cuenta del duelo, a la entrada del puerto de Santiago, entre un capitán sevillano y un anónimo corsario francés, poniendo de relieve el vínculo de autoridades y vecinos con piratas y contrabandistas (p. 185). Una “coda” a este “lance de honor” se refiere a los caballos cubanos, la “mejor granjería” de los habitantes de la isla. Otra “coda” trágica se refiere a los “suicidios en masa” de los tainos (p. 190).

El elemento biográfico tiene un papel relevante en esta lectura. Como afirma Chang-Rodríguez, a menudo “un microrrelato se expande sorprendentemente y nos lleva a la biografía del autor” (p. 189). Es el caso del “doble del Inca”, Gómez Suárez de Figueroa. El ánimo de aquel mestizo, hijo de un conquistador y de una india cubana, “era tan extraño y esquivo que nunca jamás quiso recibir nada de nadie”: “¿Acaso la vida del mestizo cubano... no encapsula la biografía del Inca? ¿Acaso... no refleja, como en un espejo cóncavo, la orfandad de su transterrado homónimo porteño?” (pp. 191-192).

La última parte del libro, “*La Florida del Inca*: publicación y ediciones”, reúne, en fin, tres ensayos sobre la historia material de esa obra. Pedro Guibovich (“La publicación de *La Florida del Inca* y su contexto

histórico: problemas y perspectivas de investigación”, pp. 201-211), autor de un estudio reciente sobre *Censura, libros e inquisición en el Perú colonial*, se pregunta por qué el Inca publicó precisamente en Lisboa la crónica floridana, respondiendo que lo impulsaron a ello “sus muy fundados temores de que ésta fuera plagiada” (p. 205). Carmen de Mora (“En torno a las ediciones de *La Florida del Inca*”, pp. 213-233), editora de *La Florida del Inca* y de *Las siete ciudades de Cibola. Textos y documentos sobre la expedición de Vázquez Coronado*, recorre la travesía editorial de la obra de Garcilaso: desde la edición príncipe de 1605 hasta la reciente edición anotada de Mercedes López-Baralt, “magnífica en todos los sentidos” (p. 226). Cierra el volumen, precisamente, una nota de Mercedes López-Baralt a propósito de su edición de los *Comentarios reales y La Florida del Inca*¹ (“El regreso del Inca: sobre una edición de dos obras de Garcilaso”, pp. 235-240). Autora de *El mito taino, El retorno del Inca rey, Icono y conquista: Guamán Poma de Ayala*, la estudiosa propone una edición cuya singularidad radica en “la perspectiva antropológica y andinista que la anima” (p. 238).

Franqueando fronteras. Garcilaso de la Vega y La Florida del Inca es, en suma, una magnífica colección de estudios que articula enfoques heterogéneos –etnohistóricos, cartográficos, filosóficos, hermenéuticos, filológicos–, escritos por algunos de los mejores especialistas actuales en la historia colonial de La Florida y la vida de Garcilaso. El libro ofrece una visión fresca y renovadora de un autor central de la tradición americana. Y en particular, una visión reveladora de *La Florida* como puente entre las culturas andinas y el espacio fronterizo y utópico que comienza a explorarse, apenas, en esa crónica olvidada.

ENRIQUE FLORES

Universidad Nacional Autónoma de México

Santa, Santa nuestra. Ed. Rafael Olea Franco. El Colegio de México, México, 2005.

En 2003 se cumplió el primer siglo de la publicación de *Santa*, de Federico Gamboa. Con los años, esta novela se ha convertido en un clásico de la narrativa mexicana, fundamentalmente por su carácter polifacético: por hallarse cruzada de varias tendencias literarias, por el tema, por las tensiones entre personajes, por su peculiar modo de gestación, por sus implicaciones éticas y estéticas. En fin, en términos borgeanos, *Santa* es un clásico porque “una nación o un grupo de

¹ Cf. INCA GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios reales. La Florida del Inca*, ed. M. López-Baralt, Espasa-Calpe, Madrid, 2003.